

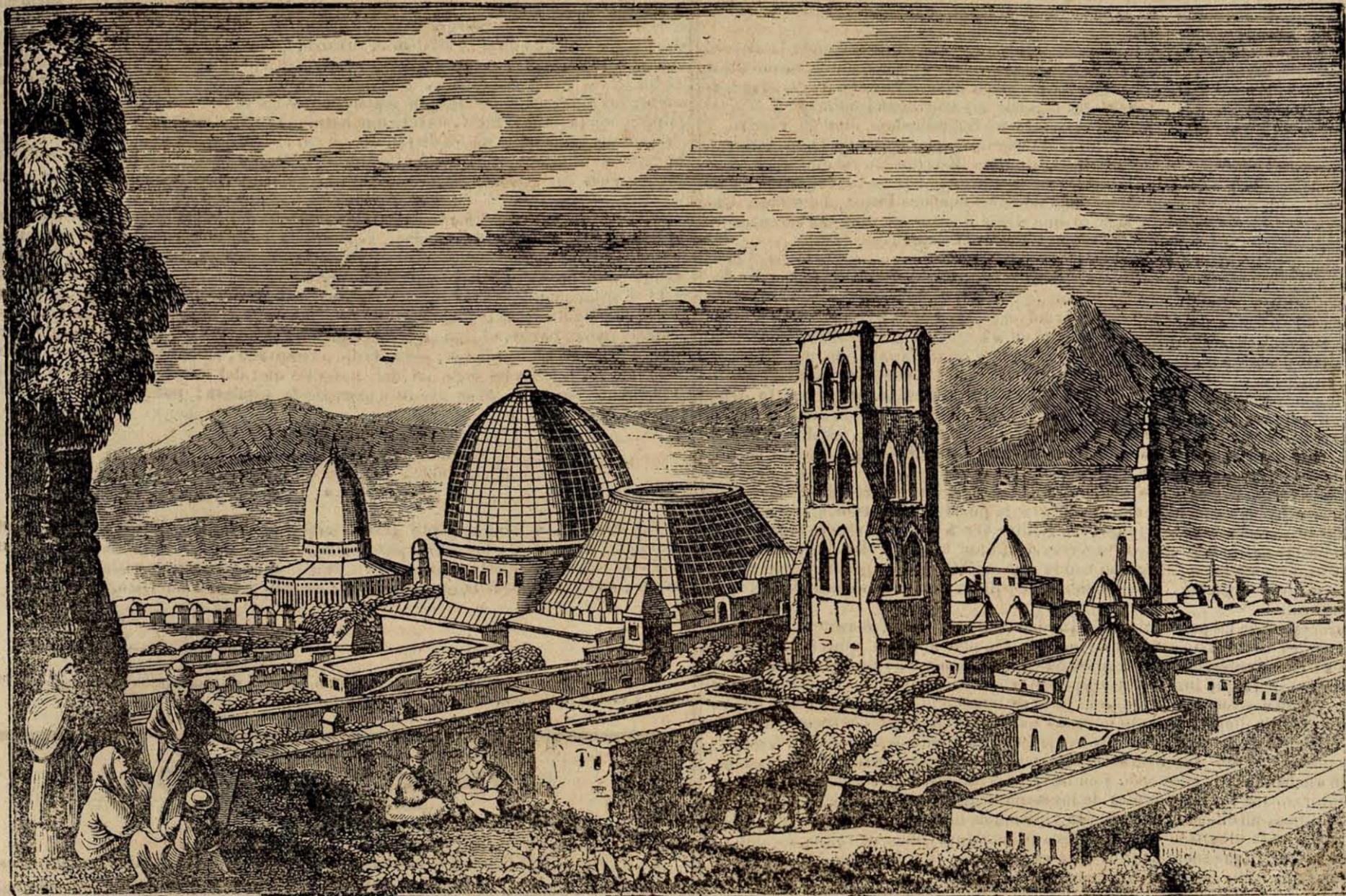
REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 260.

MADRID 31 DE MARZO DE 1845.

Segunda serie.



JERUSALEM.

MADRID EN SEMANA SANTA.

A MI AMIGO

DON ANTONIO FERRER DEL RIO.

No por el afán de dedicarte un artículo cualquiera, pues que en ese caso estarían todos los papeles que he emborrinado desde que á escribir artículos de costumbres me tentó el ángel malo de los escritores, ni porque yo quiera comprometer aquí tu nombre para el mejor éxito de este artículo; pues en el primer caso me basta con saber que no eres *especiero*, ni tienes ya edad para hacer *globos* (1) de papel ni *cometas* de idem; y en el segundo debo decir que el éxito de mis artículos está en razon directa de la bondad del tabaco que quemo cuando acabo de escribirlos. Y aquí de los fumadores, que digan lo que podrán valer hoy día mis escritos, cuando los cigarros no solo han dejado de ser de la Habana, sino que no son ya de tabaco, como antiguamente cuando nosotros caímos en el garlito de aficionarnos á fumar.

Te dedico este artículo porque tu me le has inspirado; y ahora que ya sabes el cómo y el cuándo de mi intención, permíteme dejarte en paz, pues así lo exigen las ordenanzas literarias. Los escritores son ni más ni menos que los cómicos: la intención en el personaje con quien hablan, la vista al público. Ellos podran volver la espalda

á la mujer á quien enamoran, cosa mas tonta de lo que á primera vista parece, pero dan siempre la cara á los espectadores; yo puedo volverte la espalda; pero la cara... oh! la cara, la tengo vuelta á mis lectores. Sí, lectores. sí; con Vds. hablo y á Vds. me dirijo, para decirles que mi amigo Antonio (1) ha dado en la mania de encargarme que no escriba artículos de costumbres, cuando vemos juntos alguna cosa grande y sublime, sin otra intención que la de excitar mi curiosidad por el lado ridículo que hay en todo y oír mis observaciones, iguales en un todo á las suyas, con la diferencia de que él trata de ocultar los defectos, y yo procuro *descarnarlos* todo lo posible para que luzcan toda su deformidad. Con esto y con ser cosa sabida que la felicidad pende del mayor ó menor número de ilusiones que uno tenga, queda dicho que él es mas dichoso que yo, y yo menos que él. Por eso ahora, mientras él escribe la *Semana Santa* de Jerusalem y otros se ocupan de la de Roma, tomo yo la parte por el todo y hablo de *Madrid en Semana Santa*, en vez de escribir *la Semana Santa en Madrid*.

Por de pronto ya va de capa caída la cuaresma; pasó el domingo de Pasión, cubrimos de luto los altares, empezamos el cumplimiento de iglesia, llegamos al sábado de Pasión... y por las vísperas se conocen los días. Los estereros rizando palmas á toda prisa, los sastres haciendo chalecos negros sin cesar, las modistas cortando vestidos morados sin descanso, las santurronas echando el aliento sobre las cebadas que han de regalar para el monumento, los cereros rizando velas á destajo, los encuadernadores forrando Semanas Santas a dos manos... y yo diciéndoles á todos; *Surgite et approximate*... Acercaos aquí sin recelo, que vereis cómo os paso revista á todos, empezando por practicar un reconocimiento en la plazuela de Santa Cruz, sábado de Pasión por la tarde.

Son las cuatro de la tarde, y yo no puedo hacer que sean las cinco: pero me atrevo á pasar esta hora en seguir á D. Braulio, que acompañado de tres hijos suyos (y la prueba es que llevan su mismo apellido) sale de su casa en busca de palmas y de carracas, y de zapatos negros y de guantes blancos; porque ya se ha dicho que en las vísperas se conocen los días... y *domingo de Ramos*, el que no estrena se quarda sin manos.

(1) Sin embargo (y esto es nota) yo sé de un joven que an-luvo pidiendo papeles grandes por todas las redacciones, para hacer un globo, (no era tiempo de Piñata) y luego lo vendió á un papel viejo.

(1) Creo escusado advertir á Vds. que ahora estoy solo en mi cuarto y no miro á nadie;

Don Braulio va discutiendo con sus hijos el tamaño de las palmas; y nosotros no nos paríamos á escuchar su conversacion, si no nos interesara mas de lo que á primera vista parece. Si las palmas son pequeñas, los chicos, no sacan con ellas los ojos á cuantos anden por la calle en ese dia, que son muchos, pero arañan los rostros de los transeuntes que es un primor. Si son grandes, el balanceo no, pero la sacudida se siente muy á lo vivo sobre los sombreros; cosa que divierte poco ó nada, á no ser que acierten á enganchar alguna mantilla, en cuyo caso siempre queda algun pedazo de blonda tremolando entre las hojas secas de la palmaa, y esto hace reir... al que lo ve de lejos. La palmera descuartizada se vende á la esquina de la cárcel, y los cuartos, brazos ó ramas que en el sepulcro de una... soltera indican virginidad, en ese sitio no sabemos lo que querrán decir. Bastanos saber que allí las compran los que las buscan, y que este es un agosto para los sacristanes mayores de las parroquias, como lo era para los de igual dignidad en los conventos; porque en la procesion del domingo todos los sacerdotes llevan una, mas ó menos lujosa, segun su clase, y se compra ademas un cierto número de ellas, para regalar á los devotos que contribuyen con sus limosnas al culto de la iglesia. Las carracas se venden tambien en esa plazuela; y suspendemos por ahora el hablar de ese diabólico instrumento, por retardar todo lo posible el enfadoso recuerdo de su insufrible chirrido, inventado para imitar el temblor de tierra que hubo á la muerte del Salvador, y capaz por sí solo de ocasionar la muerte á cualquiera que acierte á pasar por dicho punto, cuando los vendedores dicen que las dan á prueba. Y á prueba de sordos podrá ser, porque el que no sienta la descomunal orquesta de las carracas, puede estar confeso y convicto de que es un leño y pedir á Dios, si es egoista, que se vuele todos los dias un polvorin, seguro de que no lo ha de conocer... por los oidos.

Pero sin saber como, se nos ha pasado el tiempo, y ya son las ocho de la mañana del domingo de Ramos. Las campanas, dando al aire sus ecos metálicos, no nos dejan duda de que la iglesia celebra hoy una de sus mayores solemnidades; y las cargas de ramos de oliva que hay á la puerta de los templos nos conducen fácilmente á la averiguacion de la festividad que puebla el aire de un fragantísimo olor de romero. Y aunque la atmósfera se va poniendo un tanto bucólica, pienstan cuidado mis lectores, que no soy nada pastoril, y no se deslizará la pluma. Escritor habria que aprovecha-se esta ocasion para hablar de los gorgeitos y del susurro; pero yo tengo tal respeto á esas cosas, que huyo siempre de que mis articulos huelan á Filis y á Porotea. Una vez (entre paréntesis) fumé un cigarro que sabia á espolme, y desde entonces es bueno para mí todo el tabaco que no sepa á tomillos ni romeros.

Los chicos y los zapatos nuevos, van y vienen en veces de su casa, á la iglesia y de la iglesia á su casa, hasta conseguir que sus abuelas les den dos cuartos para compra ramos; y estas ocupadas en registrar la semana santa, que por fortuna saben de memoria, pues ya la vista hizo fiasco, acceden á la demanda del nieto, advirtiéndole que no tome á juego las cosas santas, y encargándole que pregunte en la sacristía á que hora son los Oficios en las monjitas, porque á la parroquia va mucha gente y quitan la devocion. Son las ocho y cuarto, cuando el chico vuelve diciendo que empiezan los oficios á las nueve, y la vieja difunde la alarma en la casa, temiendo no llegar á tiempo. Dice que lo dejen todo; se lleva consigo á las hijas, á las nietas y á las criadas, cierra la casa; suele dejarse dentro el picaporte; y aunque no la hace falta hasta luego, regaña y gruñe; que la acurre decir que es cosa del diablo para quitarla la devocion, y se dirige á la iglesia llena de edificante fervor. Pero torna luego á su casa con un ramo de oliva bendito que piensa colocar en la ventana, y entonces si que es necesaria la llave!... Ya no sirve echar la culpa al diablo, sino abrir la puerta á todo trance. Si por desgracia hay nubes, si amaga tempestad, da lástima ver á la buena señora reprendiéndose á sí misma por haber tenido la ligereza de quitar la oliva del año pasado, sin asegurar primero de rayos el balcon con la nueva. Descerrijan por fin; pero cuando ponen la oliva al balcon... ya estan llenas de palmas y de ramos casi todas las ventanas de la calle!

La procesion de las parroquias es á las diez, y á estos templos asisten las señoras mas elegantes del barrio ostentando todo el lujo posible, con especialidad en las mantillas y en las cubiertas de la Semana Santa, que ponen todo cuidado en no cubrir con la mano, para que luzca el trabajo del encuadernador... y se deduzca por él lo que las habrá costado aquel riquísimo libro de terciopelo morado con cabos de oro.

El lunes santo llega y pasa sin novedad particular. Al martes le sucede lo mismo si bien el *Diario de Avisos* de este dia viene lleno de anuncios de pescados frescos y de empanadas de atun. Los teatros estan cerrados toda esta semana, como antiguamente lo estaban toda la cuaresma, y en las iglesias colocan á toda prisa tablados, lienzos y pinturas para los transparentes de los monumentos, donde los fieles han de adorar al Santísimo, meditando en la muerte y pasion de nuestro Señor Jesucristo. Desde el miércoles hasta el sábado inclusive, esta prohibido el comer de carne, excepto y la gente de la curia, que suele salir de caza esos dias por estar cerrados los tribunales, no sabemos que nadie mas aparente comer de carne en semana santa.

El miércoles santo ya es uno de los dias que deben estar bajo nuestra inspeccion, y la mañana la dejamos libre á los sacristanes, para que arreglen sus respectivas iglesias, y reciban en paz y en gracia de Dios, las velas de cera que llevan las devotas con su nombre y apellido en letras encarnadas, para que las reserven luego el cabo que encienden en los dias de tempestad. Las hueveras que se dirigen á Fuencarral, despues de haber despachado su mercancia á buen precio por mas señas, llevan asimismo velas de cera para el monumento de su pueblo; y así como en tiempo de Navidad, todos los lugareños cargan de turrón y pavos, en Semana Santa nadie lleva otra cosa que pescá (esto no es merluza, señores sevillanos) y cera para el Santísimo. (Estas circunstancias, que apuntamos aquí como de paso, nos harian cambiar de tono en este artículo; pero queremos reirnos de ciertas ridiculeces, inseparables siempre de las cosas mas sublimes, y estamos persuadidos de que no es mal medio para glorificar los misterios de nuestra religion, separarlos de las extravagancias que les impone la sociedad. Y así como la verdulera tiene tiempo de vender su hacienda y de llevar luego la cera al monumento, así nosotros podremos escribir las costumbres de estos dias y visitar luego á solas las estaciones.

El miércoles santo al anochecer empiezan las tinieblas, ceremonia religiosa en su origen, que excita la devocion de muy pocos y la curiosidad de casi todos los habitantes de Madrid. Mucha gente emigra de la corte en esta temporada; unos á ver el *santo entierro* de Sevilla, otros á pasar la Semana Santa en Toledo; otros al Escorial (aires que no envidio) y otros en fin... á cualquier parte, con tal de decir.—Me voy.—y de poder conntestar cuando les preguntan, cosa de que ellos tienen buen cuidado.—¿Donde estuvo V. la Semana Santa? —En Ballecas, por ejemplo. En cuyo pueblo, como Vds. saben, serían muy sencillos los oficios divinos, si hubiera quien los celebrase. Pero volvamos á las tinieblas hasta que acabe de anochecer y se nos oculten los diferentes designios y destintos móviles, de las diversas gentes que invaden la casa santa de Dios.

A la capilla del real palacio es excusado que vayamos, porque ya es imposible entrar, y nada tenemos que hacer allí con las gentes que fueron á tomar sitio desde las tres de la tarde. En las Descalzas reales y en varios otros templos donde á la religiosa poesia del canto llano han sustituido la estrepitosa orquesta de los teatros, es inútil tambien nuestra presencia.

Nosotros no quisiéramos prejuzgar la intencion del numeroso gentío que concurre á esas iglesias en esos determinados dias; pero no podemos menos de decir que muchos van allí á gozar con las notas de pecho que dá el tenor, y á criticar al soprano los puntos de cabeza, ó las desafinaciones. La jóven aquella que tanto se rió con los

calderones de los célebres hermanos Zaragozas en el Circo, (1) se sonrie asimismo de que el tenor vaya un compás mas alto que la orquesta en la iglesia; pero al teatro llevó sombrero y se tapaba la boca con el abanico; aqui se la cubre con los pliegues de la mantilla. Este análisis artístico, indiscreto de seguro, no la deja pensar en lo que debiera; pero esta profanacion no coje de nuevas á la niña, porque cuando el galán que la enamora la dijo — Toda una semana sin teatros!!! — le contestó: — No importa mamá me llevará á las funciones de iglesia. Eso no es despreocupacion señores, eso es intolerancia ridicula, porque no llevando á nadie con un grillete á la iglesia, nadie tiene derecho para burlarse así de las ceremonias religiosas convirtiéndolas en un espectáculo profano.

Y yo no sé por qué mi alma se ha metido en dictar esas líneas á mi pluma; ni como esta se ha separado de la puerta de la parroquia donde yo la puse, para que viera salir al sacristan con un látigo tras de los muchachos que quieren hacer ruido con las carracas antes que llegue la hora señalada para la estrepitosa armonía. ¿Cuanto mas la hubiera valido estarse halli quieta, y ver llegar á unos y á otros, alzando el tapiz del pórtico, para espiar el momento en que se apague la vela mayor del tenebrario llamado *Maria*? Fortuna que yo estuve á tiempo de ver entrar un enjambre de niños impacientes, seguidos de sus criados que les decian: — No corra, señorito, no corra que aun faltan tres velas. — Llega por fin la hora fatal de la carraca; la última palabra del sacerdote que entona la lamentacion final, se pierde en're los amagos del estrepitoso zumbido que estalla apenas el monaguillo toma el apagador para extinguir la luz de la Maria, única vela que arde ya en la iglesia.

Inútiles son los chillidos de la vieja que al quererse levantar cayó en el suelo con el vestido todo rasgado, porque á un muchacho le ocurrió la diablura de clavárselo en el suelo, cuando otros ocultaban el ruido de los martillazos, con el *rac rac* continuo de sus fatales instrumentos. En vano intentan cinco ó seis cerillas que arden entre los dedos de los sacristanes, diseminados aqui y allá en la iglesia, iluminar el tumulto; los muchachos las apagan soplando por las rejillas de los confesonarios que golpean con tanta mas furia, cuanto que haciendo ruido, quieren vengarse de la miseria de sus padres que no les dieron dinero para carracas. En lo cual hubiesen obrado como unos sabios, si al mismo tiempo les hubieran prohibido tirar piedras en la iglesia; pues esa parodia de la muerte del Salvador, por demasiado propia es un desacato.

La mañana del Jueves Santo se sucede á la noche del miércoles, como la carraca á la campana la silla de mano al coche... y el silencio en fin de los sepulcros al estrepitoso zumbido de los carruajes que dejan de rodar á poco mas de las doce de la mañana. Mandase, de orden superior civil, que desde que empiezan los *oficios divinos* (las diez) se suspendan todos los *oficios profanos*, se cierran las tiendas y no circulen carruajes de ninguna especie por las calles de la capital. Las almas mas profanas y menos piadosas tienen parado el reloj en las diez menos cuarto, y esos quince minutos tardan en pasar dos ó tres horas; pero, tarde ó temprano, cumplen todos en el cristiano precepto, y desde las doce del dia, hasta las diez del sábado no craje una rueda, ni suena un martillazo, ni se oye una campanada siquiera; porque como dicen los volgazaneros:

«Todo, todo en el mundo
tiene descanso;
todo... hasta las campanas
el jueves santo.»

Ese silencio, verdaderamente grave, sublime, religiosos, inspira recogimiento á los unos, hipocresía á los otros, pavor á muchos... y anuncia á todos los fieles que la iglesia cristiana empieza su maditacion anual sobre la muerte y pasion (ó pasion y muerte, que aqui hace falta el *mutandas*) de nuestro Señor Jesucristo.

(Continuaré).

(1) Tres hermanitos «dilettantes» que salieron á cantar y... no cantaron. Los silbó el Público, y vayase lo uno por lo otro.

REVISTA DE TEATROS.

La empresa de la Cruz, que hasta el dia se ha mostrado infatigable por dar novedad á los espectáculos, tiene preparadas tres óperas para empezar el nuevo año cómico. *Columela*, *Roberto Devreux* y *Elixir d' Amore*. El domingo de pascua se volverá á cantar el *Hernani*, que como saben nuestros lectores no lució como debiera la primer noche de su representacion, á causa de la indisposicion del señor Guasco. Impaciente el público por oír cuanto antes á ese distinguido tenor, tiene recelos de que se empiece el año con el *Roberto*, en cuya ópera no canta Guasco. A nosotros nos parece imposible que se haga esto último, si el artista á que aludimos está, como se nos asegura, en disposicion de cantar al momento. Y no creyendo que sea la primera ópera que se ponga en escena el *Roberto*, no nos detenemos á probar el desaire que recibiria Guasco en ese caso, ni el disgusto de los dilettantes, que esperan con ansia la hora de oír al tenor que tanto agradó en el andante de su cavatina. Para verdades es *Tiempo*.

VARIEDADES.

Se ha repartido el número 9 del *Laberinto*, cuyo producto ha destinado el editor á beneficio de las religiosas de esta corte. Contiene varios artículos y poesías alusivas á los misterios que celebra la iglesia Católica en estos dias de Semana Santa. El retrato de su Santidad Gregorio XVI perfectamente grabado en madera; una gran vista de la plaza del Vaticano; la bendicion papal; la Basilica de San Pedro, y el interior de la misma, son las laminas que adornan el artículo de la Semana Santa en Roma escrito por D. A. Ferrer del Rio. La Semana Santa en Toledo, artículo de don Juan Perez Calvo, va enriquecido con innumerables grabados de aquella ciudad.

Editor y Redactor principal, JUAN PEREZ CALVO.